

Nº31.

24. OCTUBRE
1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

*Las grandes cuadros
de los
Museos españoles.
"El cacharrero", cuadro de
Goya, en el Museo del Prado.*

es



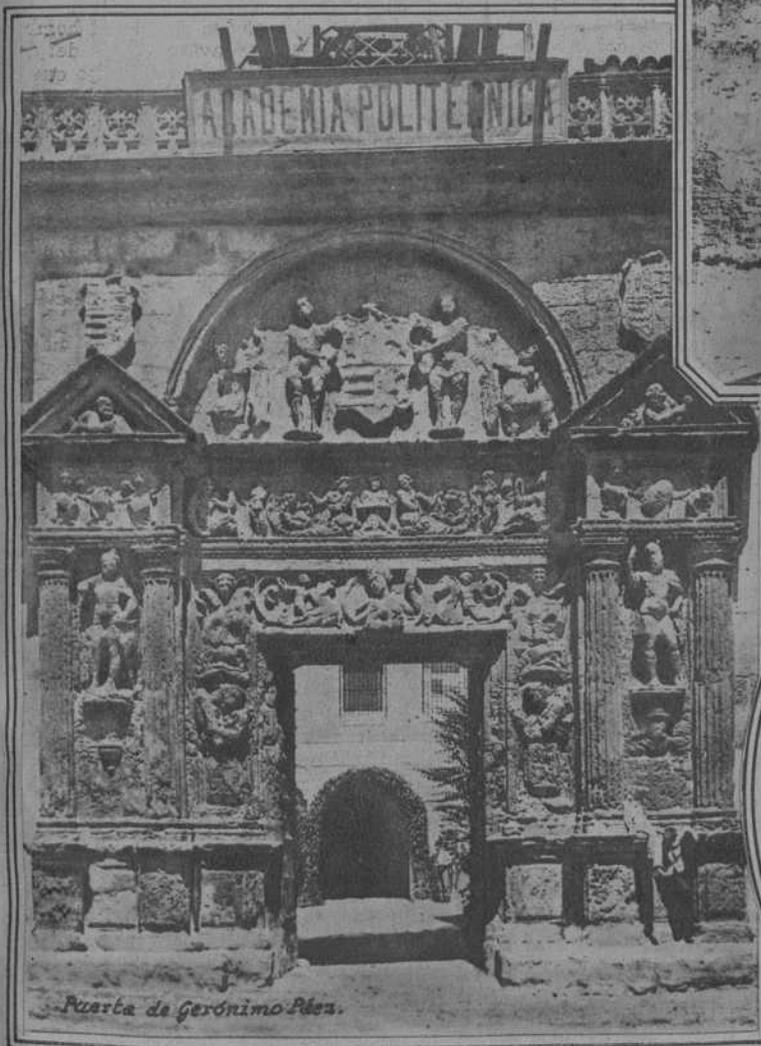
(Fot. N. Portugal. Archivo J. Laurent. Madrid.)



EL MERCADO DE VICH. - Los mercados semanales constituyen en Cataluña una tradición. En Vich, el mercado congrega en su típica plaza porticada, a miles de compradores y vendedores, que llenando la ciudad de vida y movimiento, rompen por unas horas la quietud y el silencio de la ciudad. La primera de nuestra fotografía, muestra la llegada a Vich de un tren el día del famoso "Mercat del Ram", y la segunda, la Plaza Mayor de Vich, el día del mismo mercado. (Fots. Alamany).

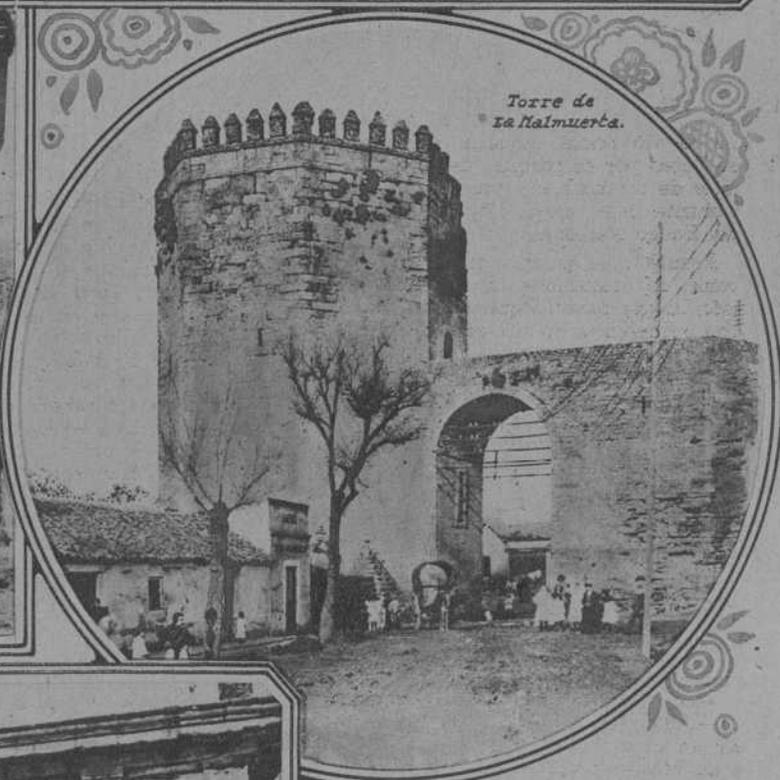
Las puertas de Córdoba

Puerta de Almodóvar.

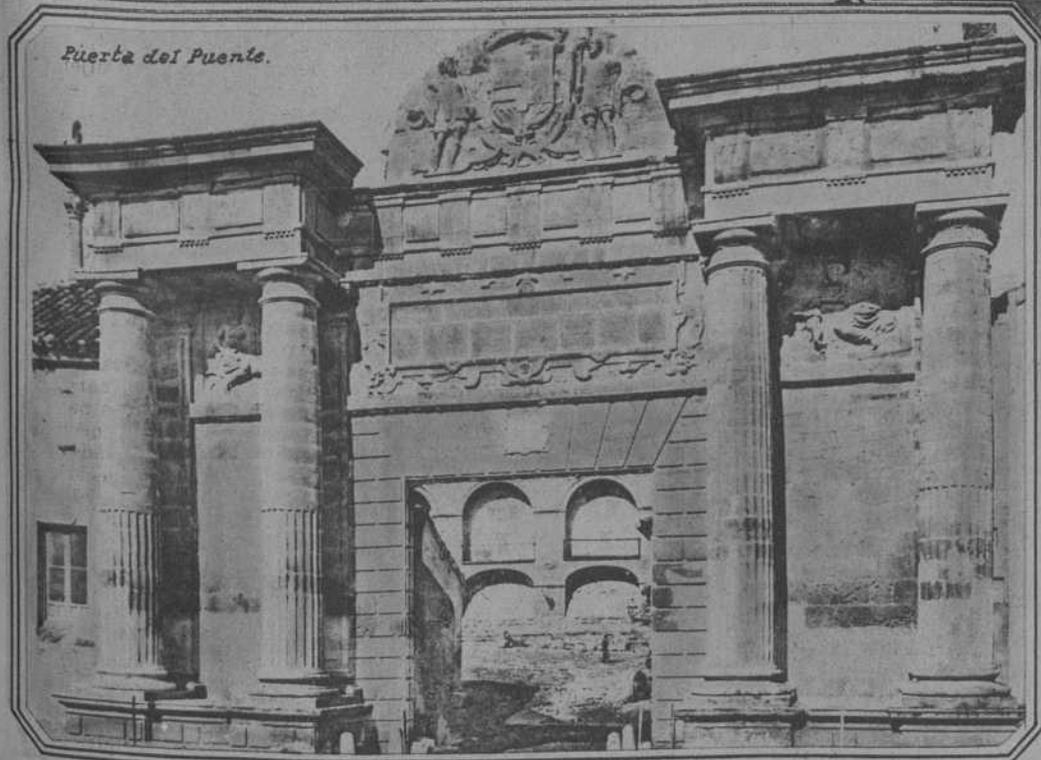


Puerta de Gerónimo Pérez.

Torre de la Halmuerta.



Puerta del Puente.



Córdoba, la morisca tiene, en sus puertas, representada su tradición y su historia. La de Gerónimo Pérez, gótica, con cruces bizantinas en su balustrada; la de Almodóvar, resto de las murallas que cercaban la ciudad durante el imperio de los Califas; la de Halmuerta, ochavada maziza y almenada; y la del Puente, dórica y armoniosa, obra de Hernán Ruiz, hablan al viajero como el cuate libro de piedra...



ción.
rende
el si-
tren

El Castillo-Museo de Chantilly.



Torre llamada de las joyas entre la que figuraba el gran diamante de Condé que ha sido robado.



Sala Luis XVI.



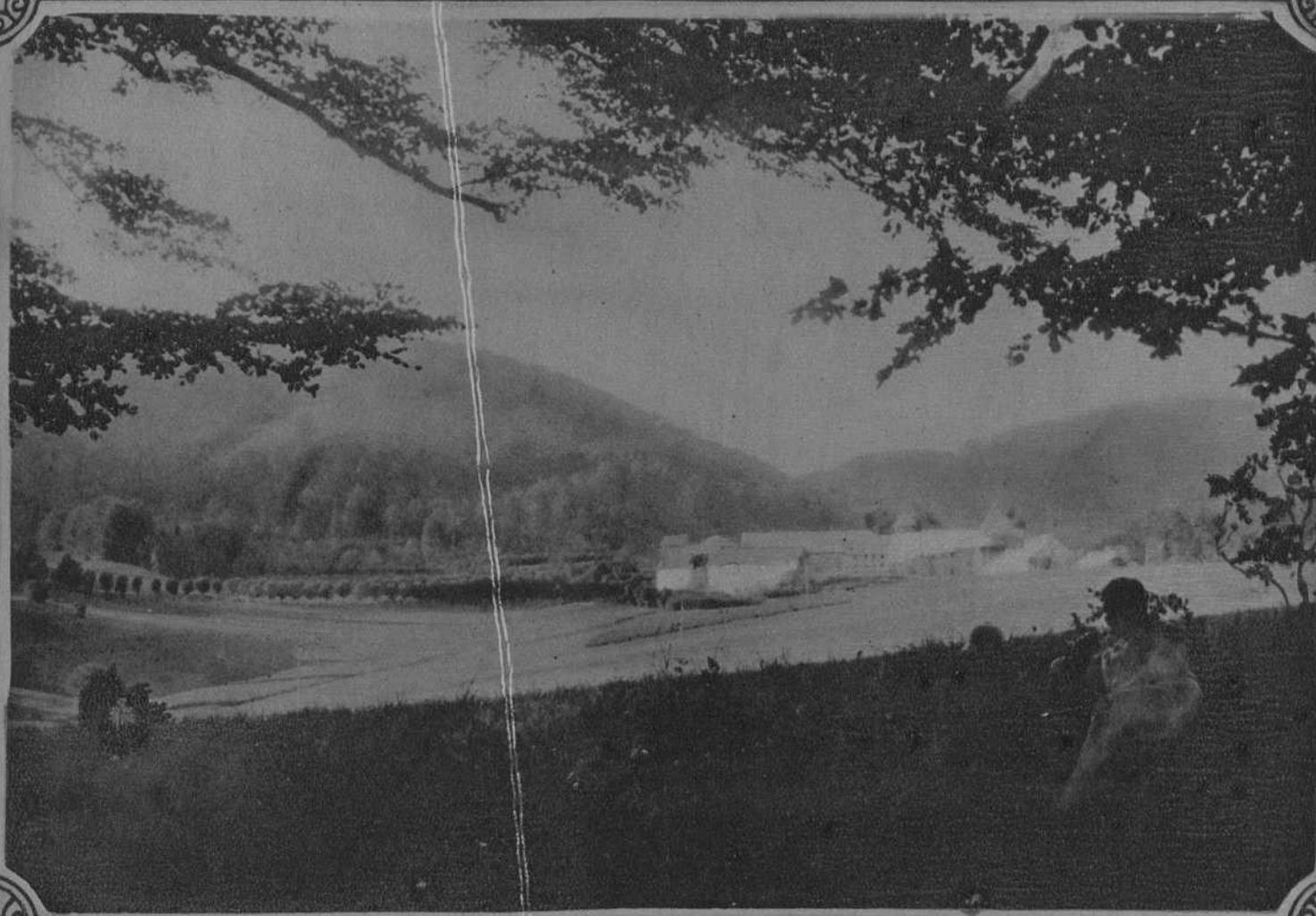
Sala galería.



Sala de la Tribuna.

Francia se ha conmovido al saber que el Museo de Chantilly había sido robado. Es el de Chantilly, uno de esos bellos castillos franceses, que tanto admira el turista, y al que, esta vez, se añaden galerías de cuadros y vitrinas de joyas.

(Obs. Consorcio).



Roncesvalles.

He aquí los lugares de la gran leyenda vasca. He aquí las montañas que presenciaron la derrota de Roldán, el poemático.



Catalanes del Rosellón.



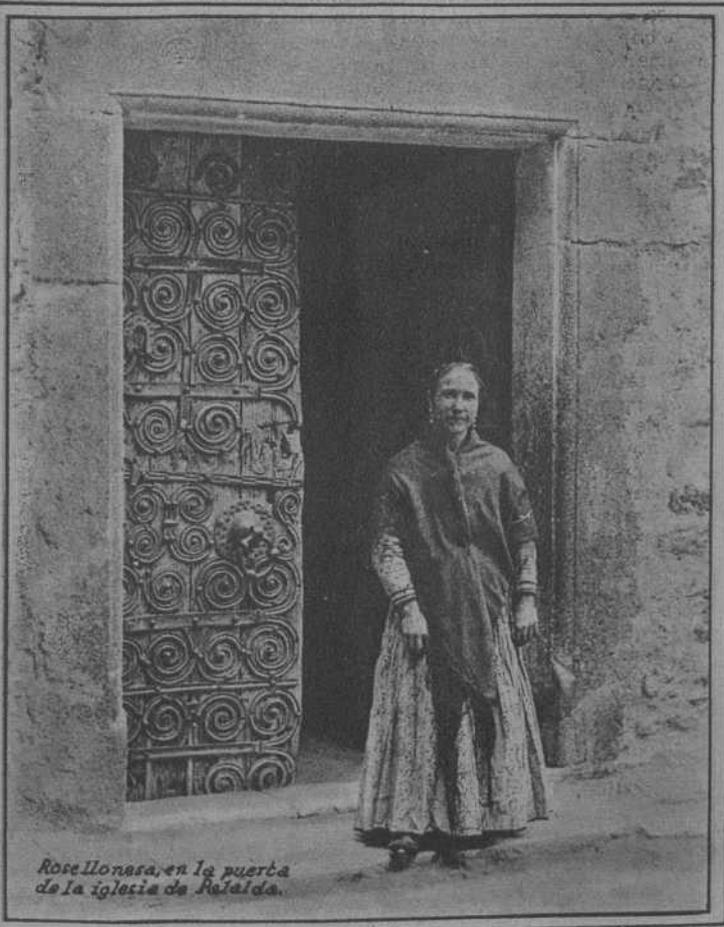
Un noquezés.



*Catalán del Rosellón,
al que no le falta ni la chaqueta
de terciopelo, ni la barretina.*



El sentere.

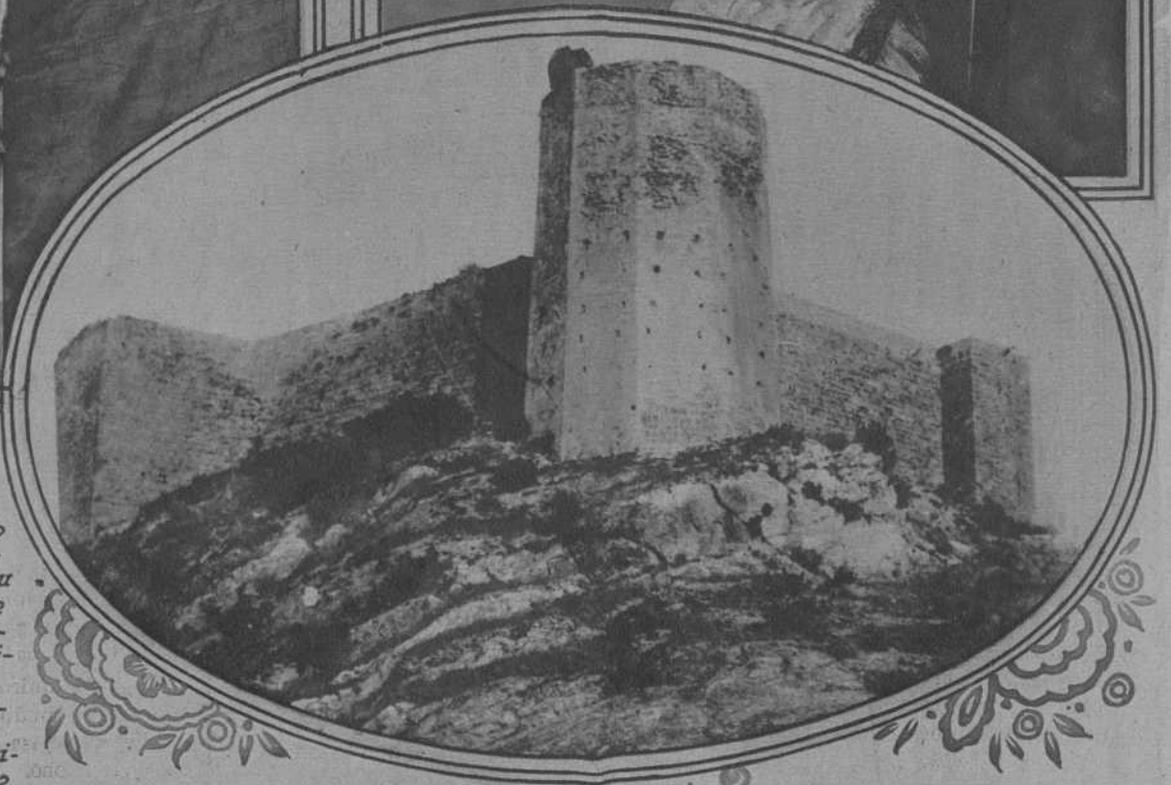
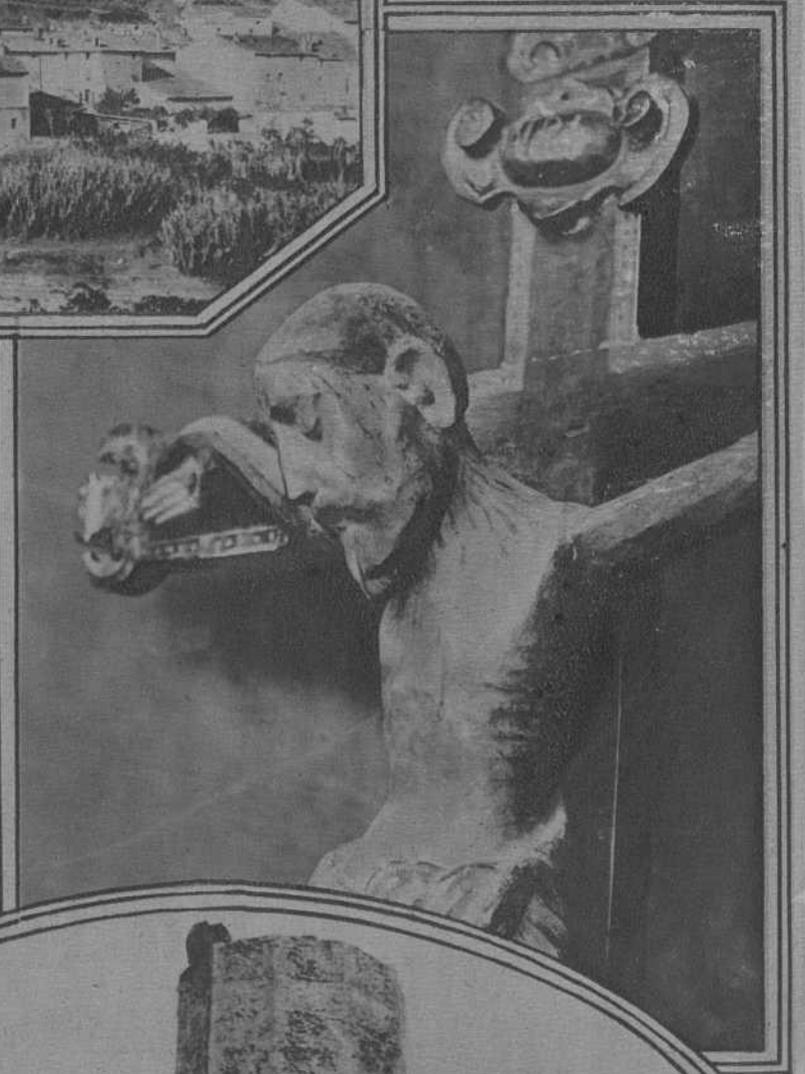


*Rosellonesa, en la puerta
de la iglesia de Palalda.*

El regionalismo del Rosellón queda reducido a estos tipos folclóricos. Pero estas barretinas, estas calzas cortas, estas siluetas de catalanes barbudos, no se ven más que en las postales. Solo las cofias femeninas, persisten en los pueblos.



*La Poble
de
Claramunt.*



*Es la Poble de Claramunt
lugar prodigio en reliquias
históricas. Su templo román-
nico derruido en 1463, cuando
las guerras de Juan II, tras-
formóse, al reedificarse, en su
actual templo gótico, en el que
se guarda, como joya un mara-
villoso Santo Cristo. Del casti-
llo que habitaran un día los
condes de Cardona, solo los ve-
tustos murallones quedan.
Poble de Claramunt es una vi-
lla de bellos recuerdos.*

*Las imágenes
medievales de
Cataluña.*

*Virgen existente en
el Museo Diocesano
de Lérida.*



ARXIU MAS

(Fot. Arxiu "Mas").

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XII

Una boda árabe en Alejandría

La farándula española llegó a Alejandría después de cuatro horas largas de tren.

Alejandría es un maravilloso oasis europeo, perdido en el inmenso desierto que es Egipto.

Conserva, no obstante, su gran población árabe en sus extensos barrios típicos, en los cuales poco o nada ha podido penetrar la civilización occidental. La lucha entre ambas civilizaciones no se advierte allí como en El Cairo, a pesar de que la hostilidad entre ellas es tal vez más latente y enconada. No se confunden allí, como en la capital de Egipto, en extraña mescolanza, vencidos y triunfantes a un tiempo, humillándose y sobrepujándose a cada momento. Sus barrios árabes, su barrio judío, mantienen con pureza sus tradiciones, sus costumbres y su fanatismo religiosos, sosteniéndose aisladas e incólumes, como parapetadas tras murallas inexpugnables.

Los hermanos Crespo—don Luis y don Lamberto—, catalanes residentes en Alejandría desde hace diez y siete años, me brindaron ocasión para conocer íntimamente la población árabe. Su genio industrial llevóles a establecer, en uno de los barrios árabes más populares, el de Secunia, una gran fábrica de espejos y de biselados de cristales, industria hasta en aquel entonces desconocida en el país.

Su constante convivencia con los obreros y el sentido humanísimo, ampliamente liberal, de su trato, les proporcionaron muy pronto una influencia y un prestigio sobre los árabes, no igualados por europeo alguno en Egipto.

Gracias, pues, a estas circunstancias, me fué dado asistir a un casamiento árabe entre gentes de condición humilde. Se trataba de un obrero de la fábrica, Halil, un robusto mocetón de talla gigantesca, y de la hija de Zaid-El-Amí, viejo pescador, de posición modesta como la del mozo.

Halil no conocía el rostro de su novia. Su padre había podido libertarla de la esclavitud del trabajo y nadie había visto sin velo a la doncella, como ocurre en las clases altas, donde esta circunstancia no es casi nunca vulnerada.

La *sams-al-la*, anciana casamentera, dedicada exclusivamente a este oficio, había concertado la boda. Halil tenía veintidós años. La blanca Amar, la blanca luna, como llamaban todos a la novia, acababa de cumplir los once. Era una muchachita pequeña, delgada, de líneas incipientes y gráciles.

Cuando la primera vez la ví avanzar, con su blanco velo de desposada, que la envolvía estrechamente de la cabeza a los pies, impidiéndola andar, amparada por cuatro matronas que la sostenían por los brazos y la espalda, me pareció una muñequita automática para regalo de una Tanagra frágil y delicada, jamás para ser entregada a aquel bárbaro de carne de bronce y de pelo ensortijado, que con una sola de sus manazas formidables podía reducirla a polvo.

¡Extraña, miserable y dolorosa condición la de la mujer árabe, esclavizada aún al yugo férreo que las leyes y la religión forjaron para ella, sin tener en cuenta su naturaleza, su voluntad y su derecho a ser tratada como a una criatura humana!

El padre de Amar había ya recibido el precio de la boda y ocho días antes de la ceremonia, se había celebrado una rarísima, una singular ceremonia. El novio y sus ami-

gos, ocupando coches descubiertos y precedidos de una charanga habían paseado en varios carros, por las principales calles del barrio, los muebles y enseres que habían de constituir el ajuar doméstico de la joven pareja.

La noche anterior a la de la boda, Halil, acompañado de sus íntimos, había bañado su cuerpo en el *jamam*, baño oriental. Esta costumbre, por lo que se refiere a la novia, reviste caracteres de verdadero acontecimiento. La noche del baño de su boda es, para la mujer árabe, la noche más memorable de su vida. La estima más que la propia noche de sus esponsales.

Sus amigas habían acompañado al baño a la pequeña Amar, con gran ceremonia. Habían trenzado sus cabellos, lavado y perfumado su cuerpo, colmado de aromas sus vestidos, engalanado su cabeza, su cuello, sus brazos y sus pies con joyas, collares, brazaletes y ajorcas...

Lamberto Crespo y yo nos reunimos al cortejo del novio. Halil y los suyos nos recibieron con efusivas muestras de alegría y de respeto. Vestía el novio una hermosa galabía de seda, un abrigo de corte parecido a los europeos. Lucía una enorme cadena de oro, que había pedido prestada para la fiesta, y su pelo ensortijado apeataba a un perfume mareante e irresistible.

Tomamos asiento a su lado en un coche abierto, tirado por dos caballitos árabes, enjanezados lujosamente a la usanza del país, provocando la admiración de las gentes que encontrábamos al paso. Nos seguían en varios coches los amigos de Halil, calificados la mayoría de ellos de *fetons*, valientes del barrio, por haber acreditado su valor en peleas y reyertas con los más renombrados bravucones de los barrios enemigos.

La ceremonia celebróse en casa de la novia. Apareció la pequeña Amar, sostenida por las cuatro matronas, delicada como una figurina de porcelana. Tras ella aparecieron el padre y el *cheikh*, que había escrito y sancionado el contrato de boda y que dentro de unos instantes tenía que celebrar la sencilla ceremonia del casamiento. Y aparecieron los parientes y las amigas que formaban el cortejo de la novia.

El *cheikh* se limitó, sencillamente, a recitar unas palabras, después estrechó en su diestra los pulgares de los novios, uno sobre otro, y el matrimonio quedó consumado. Se obsequió a los invitados con *arguisis*, agua de regaliz, y *charbot*, jarabes diversos, y se formó nuevamente el cortejo, ahora ya completo, paseando de nuevo por las vías más importantes del barrio y deteniéndose, finalmente, en la casa conyugal.

La novia descendió de su coche rojo y dorado, de portezuelas herméticas, y seguida de todas las mujeres, penetró en la casa. Fuera, bajo el entoldado, quedaron los hombres, y comenzó la fiesta: diálogos cómicos, luchas, juegos de prestidigitación y danzas. Algunos bailes, por cierto, singularmente los que bailó un bailarín casi imberbe, ofrecen una extraordinaria semejanza con el baile flamenco español. Uno de ellos, acompañado de un canto picaresco, de gestos y movimientos un tanto obscenos, era talmente una mezcla confusa de garrotín y farruca.

Las mujeres, tras las celosías de la casa, celebraban la fiesta con sus *zagharit* de alegría, extraño grito prolongado y tembloroso, con el que expresan lo mismo la tristeza que el dolor. Este grito, que tiene, no obstante, una rara y fascinadora musicalidad,

ofrece un asombro parecido con los *jiptos* del *cante jondo* andaluz.

Entre tanto, se había servido en unas mesas un ágape extraordinario: cordero asado, cordero en guiso, habas aderezadas de singular manera, langostinos—allí abundantísimos—, dátiles, uvas, manzanas y los dulces típicos del país, rebosantes de miel, entre los cuales no faltaban los turrones de nuez, de avellana y de almendra molida.

Acompañamos después, al novio y a sus íntimos, a un café popular. En nuestras correrías con Crespo por los barrios árabes, los había ya frecuentado, sentándonos en los tradicionales bancos de madera, adosados a los lados de la puerta y tomando parte en las conversaciones de los concurrentes, por parte de los cuales habíamos sido siempre recibidos con su *Sallam* más afectuoso.

Entre tanto, las matronas explicaban a la novia sus deberes de esposa y la abrumaban con sus consejos de ritual. Después la tendieron en la cama, la perfumaron profusamente y la embadurnaron manos y pies con *getnna*, una pasta coloreada y oleosa que, al secarse, forma una costra rígida sobre la piel.

A nuestro regreso se reanudó la fiesta. Los músicos, medio ébrios, probablemente de aguardiente, acometieron contra sus instrumentos con verdadera saña, mientras todos los presentes, con la algarabía de sus gritos y alaridos, jaleaban a dos bailarinas un poco viejas, un mucho feas, que dislocaban materialmente su cuerpo con contorsiones frenéticas, como poseídas de extraño vértigo.

El novio, entre tanto, había desaparecido. Había penetrado en la casa. Habíase introducido en la alcoba conyugal. Había arrojado unas monedas de oro sobre el lecho donde la pequeña Amar, aprisionadas fuertemente sus extremidades por las viejas matronas, esperaba con el rostro contraído por el espanto, el sacrificio brutal y cruento.

Fuera, la algarabía se había hecho infernal. Halil, sin vacilar, esgrimiendo el índice de la mano diestra, cerrado sobre su articulación media, consumió el extraño rito, y grito desgarrador de la virginidad asesinada llegó a la calle, dominando por un momento el atronador ruido de la fiesta...

El novio, sereno, sonriente, reapareció seguidamente en la puerta, y a su vista rasgó el aire, con el grito de todos, el *mabruk* de enhorabuena.

Lamberto Crespo y yo nos retiramos a poco, fatigados. Había colmado, ciertamente, mi curiosidad, pero el ajetre y las emociones del día habían deshecho materialmente mis nervios.

Al estrecharme la mano Crespo, ya en la puerta del Hotel, me dijo sonriendo:

—Usted a descansar... Yo, no... imposible!...

—Y ¿por qué no?—interrogué, curioso.

—Porque antes de dos horas habré de recorrer los *karakol*—las comisarías del distrito—para libertar a los amigos del novio, los famosos *fatons*, que, desprovistos ya de su turbuz y de su galabía, con su *sederi*—su chaleco con mangas—y su *mandil jari*—su pañuelo de seda con borlas—habrán penetrado a viva fuerza en el barrio vecino, acometiendo a sus irreconciliables enemigos...

—La bronca—añadió Crespo, sonriendo—me costará un puñado de libras, por multas que habré de pagar al instante si quiero que la fábrica no permanezca mañana cerrada, por falta material de obreros...

LOS CAMBIOS DE LA VIDA

Nuestra "americanización" no es completa

Por JUAN CARRANZA

Hemos dado en decir que estamos completamente «americanizados». No es ello cierto. La «americanización» nuestra es sólo a medias. No creemos que llegue a ser total. Con el cine, el coctel, el boxeo y el charleston, tenemos ya demasiadas preocupaciones para poder llegar a la total «americanización» de nuestra vida. La «americanización» se reduce a estar familiarizados con las gentes que bullen en Holliwood. Llevamos en la imaginación las siluetas fotogénicas de Douglas, Mary Pickford, Rodolfo Valentino, Charles Ray, Mae Murray y otros. Algunos, cuando nos miramos al espejo, en un fenómeno de autosugestión, creemos encontrar cierto parecido entre nosotros y aquellos. He aquí cuando comenzó a iniciarse la «americanización».

Después de conocer a los artistas de la pantalla, nos fué dable conocer la figura atlética de Jack Dempsey recogida por el objetivo de mil máquinas fotográficas y estampada a voleo por todo el orbe. Mientras contemplábamos en el papel «couché» el corpachón de Dempsey, en los bares los camareros se daban gran maña para combinar el «cartel».

Más tarde llegó el charleston. Sus notas de una epilepsia musical batancaron nuestros oídos. El ambiente se animó por los comentarios que motivaban las proezas atléticas y audaces, y las perfecciones corporales de los ases de la pantalla. La blancura de los dientes de Douglas, despertó la emulación entre nuestras gentes. Todos queríamos tener los dientes tan blancos como los de Douglas. Los dependientes de las tiendas,

se cansaron de vender cepillos y dentríficos. Los que pasaban de la cincuentena se compraron una magnífica dentadura. Aprendimos a sonreír, como el famoso artista cinematográfico, luciendo graciosamente la dentadura, postiza o natural. La musculatura de Georges Walls, reflejada en el lienzo, aumentó la concurrencia a los gimnasios. El tener abdomen, se llegó a considerar como una gran desdicha. Ya no era distinción de burguesía. Los ortopédicos inundaron los escaparates de fajas de goma destinadas a contener las protuberancias abdominales.

Ya con una silueta «americanizada» fingida o real, nos dedicamos a saborear el coctel, mientras nuestro puño sentía imperiosos deseos de plasmar el furor combativo que hervía en nuestro espíritu con un rotundo «percute» digno del «puuch» de Jack Dempsey.

Dejó de tomarse como un sistema de mala crianza el recibir a la gente en mangas de camisa. Hoy día, ya no sólo trabajamos en mangas de camisa en la oficina, sino que incluso comemos en casa en idéntica forma. Hoy día, se sale ya a la calle en mangas de camisa para darse un paseo. Cuando vamos de excursión, lo hacemos en mangas de camisa y cubierta la cabeza con un casquete albo, idéntico al que llevan los marinos norteamericanos. Hablamos de Coolidge con la misma familiaridad que lo hacemos cuando nos referimos al estanquero de la esquina.

Todo esto es en realidad nuestra «americanización». No llegaremos a más. No estamos preparados para ello. Y además, como ya de-

cimos al principio, con el charleston, el coctel, el boxeo y el cine, tenemos ya suficientes preocupaciones. Llegaremos a bailar con toda propiedad el charleston; conseguiremos beber el coctel tal como se ha de beber; seremos unos formidables repartidores «percute»; llegaremos a poseer una perfecta silueta de artista cinematográfico americano. Empero de todo esto no pasaremos, y la «americanización» no será completa. Con tantas cosas como nos habremos asimilado del espíritu americano, ignoraremos lo que significa el método Taylor. No habremos aprendido de los yanquis a estrangular la lucha de clases, antes de iniciarse, transformando socialmente a los proletarios, e incorporándolos a la sociedad capitalista. En Norteamérica, gracias a la aplicación del sistema Taylor, casi todos los ciudadanos son poseedores de un auto. En las fábricas, el salario medio de un obrero competente, alcanza la suma de 7 dólares, o sea 42 pesetas.

En Norte América, la vida es don veces más cara que en Europa, es verdad, pero también lo que es la remuneración del trabajo es cuatro veces más elevada. Estos salarios están calculados para una jornada de ocho horas, que por cierto no es obligatoria, pues los obreros se pueden sacar un sobresueldo trabajando voluntariamente algunas horas más.

En España, estamos muy lejos de todo esto. Así es que cuando oímos decir que nos hemos «americanizado» no podemos por menos que sonreír.

La felicidad que pasa

Por CARLOS LOPEZ CASALS

En la ciudad donde exponía sus cuadros la joven, no conocía a nadie ni sabía el nombre de ningún hotel. El tren, llegó a la estación a las dos de la madrugada. Experimentó una primera sensación de temor. La idea de encontrar dónde dormir a aquella hora, le parecía inverosímil. Decidióse al fin a salir de la estación y llamar al primer coche que pasaba.

—¿Adónde?— preguntó el cochero.

—Adonde quiera.

Hotel Metropolitano, Genovés, Inglés. No había habitación.

—¿Problemos en el «Royal»?

—Problemos.

Y el coche continuó su camino. Llegó a la gran avenida que costea el mar, y la joven se hallaba tan bien frente al fantástico paisaje que de improviso se presentaba ante sus maravillados ojos, que olvidó completamente su necesidad de hallar un hotel y descender a descansar.

—¿Vamos al «Royal»?

—Vamos.

Había habitación. Hubo de descender y aceptar como siempre la realidad de las cosas. Olvidar la fantástica visión y tratar de dormir. Pero cuando se tiene una ventana que da al mar no se puede dormir. Se puede soñar. Esta es la única cosa permitida a las personas cansadas.

Por la mañana, la joven tenía los ojos cansados.

—¿Cuánto tiempo se detendrá la señorita?

—¿Era el maître, el secretario, la camarera o el criado, quien preguntaba?

No, era un apuesto mozo, elegante y pálido, que esperaba en la exótica sala de lectura la hora del desayuno.

—¿Me permite... Francisco Dori? ¿Y usted?

—Paula Landi.

—¿Usted?

La tercera pregunta, pronunciada al unísono con un apretón de manos, los hizo viejos amigos.

Pintores ambos, habíanse reconocido sin haberse conocido nunca.

Paula Landi y Francisco Dori, se conocían a través de sus antipatías.

Paula detestaba el estilo de Dori, y criticaba su falta de gusto, si bien nunca había visto nada de él.

Dori imaginaba que Paula fuese una de las tantas pintoras evolucionadas y conscientes que, con el pretexto de garabatear unas telas, se infiltran en todas las exposiciones, en todos los centros artísticos, para encontrar un hombre que las despose. Y Francisco se asombró al ver en Paula a una mujercita joven, encantadora, y vestida con refinado gusto. Y Paula se asombró de encontrar a Dori sin barba y tan joven. «Su estilo es tan pesado!»—había sentenciado muchas veces. Y tuvo un único miedo: que Francisco lo supiera; pero Francisco no sabía nada, y no se ocupó de otra cosa que de las finas manecitas de su compañera.

—¿Cuánto tiempo se detendrá?

—Quince días. Los aprovecharé para tomar baños y visitar la ciudad.

—Yo la conozco perfectamente. Si quiere, puedo acompañarla.

Y se hicieron amigos. Amigos sin amor. Serenos y jóvenes.

Salían por la mañana, tomaban el baño juntos, y luego visitaban la ciudad, como si aquel breve paréntesis fuera verdaderamente su paréntesis de vacaciones.

Un día, Dori confesó a Paula, que lo miraba desde lo alto de un escollo, encantadora en su traje de baño de malla roja, que la había creído fea antes de conocerla.

Paula confesó a Dori que había hablado mal de él. Y desde entonces, tornáronse amigos con un poco de amor. Menos serenos y menos jóvenes ambos.

Un atardecer, en un ocaso gris de nubes, en una sala casi desierta de la exposición, ante el cuadro, amoroso, de un gran autor, Paula tuvo un suspiro de melancolía. Dori, un gesto de desaliento. Se miraron, y se quisieron un poco más.

Entonces ella llevó a su amigo a uno de los grandes divanes diseminados en la penumbra de la sala, le tomó las manos y, balbuciente, e si hablándose a sí misma, le narró su pequeña historia hecha de tragedia, de ocultas torturas que le habían envenenado el alma, su historia de mujer ya cansada, ya incrédula, ya amarga.

Dori le habló de un casto e inmaculado amor por una niña lejana, de su encendida pasión por otra, de su fatiga cotidiana, de su sueño de arte. Luego callaron y tomaron la calle que conducía al hotel.

Más tarde, rieron de su jornada melancólica y sellaron para siempre, con un pacto de buen humor, el peligro de las tristes confesiones, que acercan las almas y dividen los sentimientos y los espíritus.

—¿Si usted quisiera, Paula, yo sabría devolverle toda fe!

—Si usted quisiera, Francisco, yo sabría devolverle toda ilusión!

Esto se dijeron muchas veces a labios cerrados, a ojos entornados, en la sombra de los caminos arbolados.

—¿Estoy cansada, Dori!

—¿Yo ya no creo, Paula!

Esto se dijeron muchas veces, en voz libre y franca, entre risas.

Una noche, mientras cenaban, Paula anunció serenamente al amigo que los quince días concluían, y que partiría al día siguiente en un tren de la noche.

Luego continuó tomando el café que le pareció amargo.

Francisco acogió serenamente la noticia: le ofreció la azucarera y encendió un cigarrillo.

Luego pidieron un horario y lo consultaron juntos, con mucha seriedad.

—A las 22'45. ¿Está bien?—dijo Dori.

—Muy bien—respondió Paula, y se retiró en seguida a su aposento.

Francisco prefirió un paseo solitario.

Quizá Paula, cuando quedó sola, derramó dos lágrimas.

Dori, cuando se encontró solo a la orilla del mar, cantó nerviosamente una serenata de amor a las estrellas. Y en el siguiente día, que era el último, el último baño, el último paseo, estuvieron de excelente humor.

Pero todos los días tienen su hora insidiosa, la hora en que se cometen las pequeñas cosas más importantes de la vida.

Dos horas antes de la partida, los dos jóvenes fueron a visitar una pequeña terraza del establecimiento, desierta a aquella hora. Contemplaron el mar, detuvieron sus miradas en una barquilla de juguete olvidada por algún niño entre dos escollos cubiertos de algas. Luego miraron el cielo. Rieron. Callaron y olvidáronse recíprocamente un instante, para atender a sí mismos.

—Ahora pensaba Paula—me toma la cabeza y me besa. ¿Quizá llegaré a amarlo!

—Ahora pensaba Francisco—le tomo la nuca y la beso. ¿Quizá llegaré a adorarlo!

—Si me besa—agregaba Paula en su pensamiento—va a quedar mal parado.

—Si cree que la voy a besar—agregaba Francisco—se equivoca.

—Si me dice algo, le respondo secamente.

—Si me mira, me voy.

—¿Pero por qué no me dice nada?

—¿Pero por qué no me mira?

Y el beso no llegó. El momento de debilidad y de belleza había pasado para siempre.

—¿Volvemos?

—Volvamos.

Y volvieron en silencio, tan hostiles como antes de conocerse. Ambos sabían que algo muy bello había pasado entre ellos, y se había fundido en la filosófica profundidad de aquella barquilla de juguete encallada entre los escollos.

Sus destinos podían haberse encontrado en un instante de vida, y ese mismo instante los había separado. Inexorablemente.

—¿Hasta la vista, Paula!

—¿Hasta la vista, Francisco!

Y fueron las únicas palabras de camaradería con las cuales se separaron en el último momento.

Ambos tuvieron el buen gusto de no escribirse nunca una carta de amor ni de recuerdos.

Quizá llegaran a encontrarse otra vez en una ciudad cualquiera, en un hotel, como si no se conocieran.

—¿Usted es la señorita Landi? ¡Ah, sí! Me parece... En el Royal, ¿recuerda?

—Sí, sí no me equivoco... Tomábamos los baños juntos, ¿verdad? Había una terraza. ¿Recuerda aquella barquilla entre los escollos? ¡Qué niñería, después de tanto tiempo! ¿Verdad?

Y entonces cada uno pensaría que la felicidad había pasado entre ellos, sin tocarlos, de perfil.

GENIOS Y FIGURAS

Pangloss, maestro de escuela

Por SANTIAGO ESPINEL

Cada vez que evoco mi infancia lejana, se me aparece la escuálida figura del dómine que, en la escuela del pueblo, nos rompía las manos a palmetazos.

Le llamábamos don Heliodoro. Nombre pedagógico, insólito, imponente y raro. Era la primera dificultad con que tropezábamos los chicos al ingresar en la escuela.

Don Heliodoro usaba la indumentaria del dómine perfecto y cabal. Su levita y su gorro equivalían, para nuestras tiernas imaginaciones, al traje multicolor de Arlequín, al blanco de Pierrot o al rojo del diablo de «Los pastorcillos en Belén». Era el maestro por esencia. No podía ser otra cosa. En la comedia de la vida los hados le habían asignado este papel.

Los propietarios y los comerciantes del pueblo no le tenían pizca de respeto. Su pobreza borraba la posible eficacia de su superioridad intelectual. Y hasta les hacía mirar con recelo la escuela en la cual se daban enseñanzas que, si uno las toma muy a pecho, acaban por estorbarle cuando se trata de ganar dinero.

Los padres más sesudos y circunspectos le decían:

—A mi chico no le enseñe usted más que las cuatro reglas.

Y es que, en el fondo, estaban convencidos de que la pobreza de don Heliodoro era consecuencia de su saber. Creían que el latín, la filosofía, la historia y los conocimientos científicos, en general, le impedían ver los negocios con claridad.

El recelo era justificadísimo. Porque entre los inclitos ciudadanos de mi pueblo, el más bruto era siempre el más rico. ¿Qué salía un muchacho estudioso?... «¡Malol!... Ese será un perdido. ¡Ay, si a mi chico se le ocurre leer un libro!... ¡No le quedarían ganas de repetirlo!» Estos conceptos fundamentales eran compartidos por «las fuerzas vivas» con rara unanimidad.

Se alegraban de que Don Heliodoro pasara hambre, llevara rotos los codos y torcidos los zapatos. De ahí que todos procurasen mantenerle a rígida dieta.

Don Heliodoro se limitaba a cubrir su esqueleto con una piel arrugada y, encima de ésta, un levitón raído, un pantalón remendado y unos zapatos muertos de risa. El cráneo mondo lo cubría con el gorro de los dómynes, que terminaba en punta y en la punta tenía una borlita.

Comía vegetales y bebía agua clara. Lo cual, como es sabido, aviva el seso y aclara la inteligencia.

Los chicos éramos muy brutos. Cantábamos las tablas. Históricamente y geográficamente nos limitábamos al modesto papel de loros. Loros monótonos, calmosos y pesados que, al

iniciarse el verano, provocábamos en el pueblo siestas innumerables con nuestros cantos escolares.

Además de esto, arrancábamos las alas a las moscas, construíamos proyectiles a base de papel maseado y charlábamos a más no poder.

Don Heliodoro nos premiaba estos excesos con unos terribles palmetazos que nos dejaban dormida la mano. Nos mandaba poner de rodillas. Nos obligaba a hacer una cruz, con la lengua, en el suelo...

Pero él no se enfadaba nunca. Hasta al pegarnos sonreía. Era un hombre feliz. Todo lo que ocurría a su alrededor—y, con frecuencia, ocurrían cosas capaces de irritar a un santo del cielo—le parecía natural y lógico. Al pegarnos no lo hacía con espíritu de venganza, sino como medida pedagógica que las tendencias de la época le obligaban a aplicar.

Muerto de hambre, mal vestido, alojado en un cuchitril infecto, Don Heliodoro tenía el optimismo suficiente para dictarnos enunciados de problemas tan deliciosos como este:

—Tenemos un capital de diez millones de duros que un multimillonario ha repartido entre cinco personas, con la obligación de emplearlos en darse buena vida. Yo, con mis dos millones, construyo un palacio para vivienda particular, compro seis coches con sus correspondientes caballos, me doy dos banquetazos diarios, paso un mes en París, adquiero una propiedad rústica, me proveo de ropa interior y exterior, compro seis pares de zapatos, un papagayo, un reloj de oro, un bastón con puño de plata...

A lo mejor algún alumno le interrumpía: —¡Atiza!... ¿Y nada más?

—Se trata de enseñarles a ustedes la distribución de un presupuesto. El capital se destina a la adquisición de bienes inmuebles. En cambio, todo lo mueble se adquiere con los intereses. Sigamos. Si yo con mis dos millones...

¡Pobre Don Heliodoro!... ¡Sus dos millones!... Y no tenía dónde caerse muerto. Pero aritméticamente los saboreaba y les sacaba todo el jugo. Cuando le decía al cura: «La aritmética es una concepción poemática», éste, que cortaba el cupón, le miraba compasivamente. Le tenía por un loco. No se entendían nunca.

Una vez Don Heliodoro dió una conferencia pública para demostrar la necesidad de que los ricos contribuyeran al desarrollo de la enseñanza. Lo cual aprovechó el otro para convencer a cierta viuda de que legase treinta mil duros para la enseñanza del catecismo.

Don Heliodoro dió, al enterarse:

—¡Gracias a Dios que no he predicado en desierto!...

Y siguió malviviendo en su cuchitril y reuniendo a los chicos en un corral.

La perra vida que el pobre arrastraba no le impedía plantearnos los más absurdos problemas.

Un día dictaba:

—Si en mis vastas propiedades la recolección me produce anualmente...

Y otro:

—Si las minas de mi propiedad dan al año tantas toneladas de material...

Todo eran miles y millones. Teóricamente, Don Heliodoro era propietario del Universo.

Un día los segadores se declararon en huelga. Querían trabajar menos horas y ganar mayor jornal.

¡Cómo les puso Don Heliodoro!... En plena clase, nos largó un discurso de circunstancias. Decía:

—Todo anda revuelto. Los parias se rebelan contra el señor. No les hagáis caso. Son unos solemnes majaderos. El día en que vosotros heredeis las magníficas propiedades rústicas, que hoy explotan vuestros progenitores, procurad no ceder ni un ápice a las absurdas pretensiones de la indoculta plebe insaciable. Esto ha sido, es y será. Las clases privilegiadas no podemos consentir que la masa atropelle nuestros sagrados derechos. Defendamos nuestros sacratísimos intereses de clase. El capital tiene sus fueros, que no pueden ser hollados por la turba condenada a ganarse el pan con el sudor de su frente...

Junto a la reja del colegio se habían situado unos cuantos ricachones del pueblo. Como eran tan torpes, creyeron que el maestro pronunciaba un discurso subversivo. Le delataron. Y Don Heliodoro dió con sus huesos—con sus huesos, que era lo único que le pertenecía—en la cárcel.

Al mes de estar encarcelado se murió.

Le enterraron como a un perro.

Y uno de los más renombrados acaparadores de trigo, que prestaba con usura a los labradores hambrientos, dijo solemnemente:

—¡Qué fin el de ese infeliz!... Siempre le predije que no llevaría cura alguno a su entierro.

No lo llevó.

El cadáver de don Heliodoro fué enterrado en la fosa común. Recuerdo que, antes de meterle en la zanja, el sepulturero abrió la tapa de la caja de pino.

Y los tres únicos discípulos que asistimos al entierro, pudimos convencernos de que su eterna sonrisa de optimista recalitrante no le abandonó.

EL HOMBRE EQUÍVOCO

por MANUEL CHAVES NOGALES

Arrebujado en su gabán de pieles y hundido en el fondo del cupé, daba todas las mañanas dos o tres vueltas alrededor del parque al trote lento y solemne de los caballos. Luego dejaba el coche aguardándole en la esquina del bulevar y se iba a pie caminando despacito por la acera confundido entre la multitud con aire reposado de buen burgués que contempla el espectáculo del mundo. Invariablemente su paseo, le llevaba al cruce del bulevar, la plaza donde se alzaba el gigantesco edificio del Banco Nacional. Era la hora de máxima tensión urbana. Por las amplias puertas del Banco entraban y salían apresurados los reacios cobradores con sus monumentales carteras y sus sacos llenos de plata encadenados al hombro, los agentes de negocios finos, ágiles y de acaballada e inconfundible nariz, los aparatosos consejeros, los pequeños rentistas—sebo y sudor—los cuentacorrentistas diversos y la muchedumbre de los empleados serios y sóbrios. Advertía también de vez en cuando la presencia de ese tipo que difuminado en multitud acecha al que se palpa la cartera por encima de la americana, salta tras él a la plataforma del tranvía y se la hurta.

A medida que en su paseo se aproximaba al edificio del Banco Nacional, el hombre del gabán de pieles, iba retardando el paso como si le agradase contemplar despacio aquel ajeteo de hormigas. Cuando llegaba al fin, junto a la puerta principal, se detenía un momento. Podría creerse que vacilaba. Luego se le veía reaccionar y ponerse de nuevo en camino rápidamente y un poco nervioso. Buscaba inquieto el coche que le aguardaba a la salida del bulevar, hacía que el cochero fustigase a los caballos, y mientras estos partían al galope, se dejaba caer pesadamente en el asiento, se limpiaba un sudorcillo frío que se le perlaba en la frente y permanecía anonadado e insensible, hasta que se encontraba en la galería acristalada que daba acceso a su hotel. Ya tranquilo besaba a sus hijas, jugueteaba un rato con sus nietecillos y charlaba contento con sus yernos mientras le servían la comida.

Y así hasta el día siguiente que se repetía la absurda aventura.

•••
Era el hombre aquel una de las personalidades más serias y respetables de la

ciudad. Habitaba un hermoso palacio construido recientemente en una de las nuevas vías de la urbe y llevaba una vida de gran señor auténtico, netamente diferenciado de los ricos que se improvisan, aunque nadie en el gran mundo hubiese oído sonar su apellido diez años antes. Se suponía que era algún hidalgo de provincias, que con talento y suerte había logrado acrecer el patrimonio familiar, hasta el punto de poder trasladarse a la corte, edificar un palacio de nueva planta y sacar su nombre de la penumbra provinciana. Esto no extrañaba a nadie. En los últimos tiempos se habían hecho fabulosos negocios por hombres venidos quién sabe de dónde con sus manazas de carniceros a los que era preciso tolerar en sociedad; el hombre aquel en cambio, tenía un indudable temperamento prócer. La aristocracia no se improvisa y aunque la fortuna de aquel hombre fuese improvisada, su indudable aristocracia, no lo era. De seguro que había estado latente a lo largo de unas cuantas generaciones malaventuradas hasta su actual resurrección.

Era poderoso y tenía un temperamento aristocrático, ¿qué otra cosa exigirle? Además, en una gran ciudad moderna, diez años, son como diez siglos y la gente que anda por la calle y cruza todos los días mañana y tarde frente a un palacio, se acostumbra pronto a él y lo envejece. Pasados unos años, los transeúntes no advierten si el palacio se edificó cuando ellos se casaron, cuando se quedaron huérfanos, cuando se les murió el hijo o bien si se alzó en tiempo de Carlos III.

Los habitantes del palacio gozaban gran prestigio social. Tenían una sólida fortuna invertida en fuertes empresas industriales que regentaban los hijos y los yernos, todos ellos inteligentes y tenaces, bajo la suprema dirección del viejo, el hombre aquel del gabán de pieles que todas las mañanas pasaba por las puertas del Banco Nacional. Para la gente que no se fija demasiado, no pasaba de ser el viejo uno de esos tipos vulgares de rentista, grave, sobrio, atento en la forma y un poco desdeñoso en el fondo, impecable en el atavío. Lo que de él se sabía, su fama, tampoco era cosa extraordinaria. Se le tenía por hombre culto y de gran sensibilidad; su liberalidad, silenciosa y discreta, le había ganado un prestigio indestructible de prócer; le habían ofrecido títulos nobiliarios y no quiso aceptarlos; daba su consejo y su dinero para toda obra

realmente benéfica y todo esto le rodeaba del aura de un hombre ejemplar.

Se dejaba ver poco por el mundo. Casi todo el invierno lo pasaba hundido en un butacón enorme arrimado a la chimenea. Quiénes le veían allí, en la inimitable ciudad se desconcertaban. El caballero honorable que presidía gravemente los Consejos de administración y las juntas benéficas, no era exactamente aquel tipo extraño, indudablemente más delgado, más exíguo que se oviaba entre los cojines con la cara entintada en rojo por el fuego de la chimenea que daba a la venerable cabeza una tonalidad demoníaca. La barbilla en punta se le aguzaba aún más, levantábase las cejas junto a las sienes, una sonrisilla feroz le arrugaba el pellejo de la cara y el pelo centenario se le rebelaba contra el peinado y aparecía pelo hirsuto y fuerte de campesino o mejor aún, de presidiario.

Cuando estaba así en su salón, rara vez recibía a algún visitante. Quiénes en alguna ocasión le vieron de este talante, decían que el viejo debía beber un poco. Se le encendían los ojos, rebullíase inquieto en el sillón acuciado por una comezón de indudable origen alcohólico y decía cosas, absurdas, poco serias, poco patrióticas. Aquel grave hombre de la calle, era en el salón, un tipo grotesco a quien gustaba jugar la paradoja y cultivar el humorismo. A veces tenía caprichos inverosímiles y absurdas genialidades. Un día se encontraba en medio de la calle a uno de esos jovencitos que andan a cuerpo limpio por el mundo, se lo llevaba al palacio, lo sentaba frente por frente junto a la chimenea y charlaba con él durante dos o tres horas. Gozaba diabólicamente haciendo llegar hasta el jovencito desabrigoado la inefable sensación de confort que procuraban las suntuosas alfombras, los licores reconfortantes, las butacas, los almohadones y sobre todo aquel buen fuego de la soberbia chimenea donde se iban quemando lentamente los grandes troncos de olorosas maderas. Ante el muchachito desconcertado que andaba por las calles buscando su destino, el viejo lanzaba como cohetes sus conceptos de la vida. Le hablaba de lo que hay que hacer para triunfar, de los caminos del éxito, de las normas morales, de la virtud, el delito y las leyes. El jovencito le escuchaba receloso y no le entendía. Cuando el viejo se cansaba, le dejaba hablar. El hombrecito, en agraz, contaba entonces su vida, exponía tímidamente

sus aspiraciones, hablaba de sus conceptos sobre el bien y el mal... El viejo le escuchaba con aquella sonrisilla feroz que le aurrantaba las mejillas y al final, unas veces, despedía al jovencito cazado a lazo proponiéndole un negocio del que quería ser socio capitalista, para lo cual le ponía en la mano un cheque por varios miles de pesetas y otras veces le dejaba ir despidiéndole con cajas destempladas y diciéndole ya al salir:

—«Joven: ¿por qué no se muere usted?

En el buen tiempo se iba al jardín a jugar con sus hijas y sus nietos. Después de cenar se encerraba en su despacho, estudiábase sus asuntos, se ocupaba de los negocios, leía y escribía. A veces estaba levantado hasta bien avanzada la madrugada. Se acostaba con un poco de fiebre. Padecía insomnios. Se levantaba tarde, y entumecido todavía salía a dar su paseo matinal. A las doce y media, invariablemente, dejaba su cupé en la esquina del bulevar y pasaba por delante del Banco Nacional, ante cuya puerta se detenía un momento, palidecía y continuaba al fin descompuesto, como si hubiese corrido un gran peligro al pasar por allí.

Llegó el día fatal. Toda la noche estuvo encerrado en su despacho. La tarde anterior no le vió nadie. Aquella mañana abrevió su paseo por el parque, dejó el coche en el sitio de costumbre y paso a paso, más lentamente que nunca, llegó hasta la puerta del Banco Nacional.

Frente a la puerta principal se detuvo como de costumbre un segundo y palideció. Luego, pareció que reanudaba la marcha rompiendo la misteriosa ligadura que siempre le detenía en aquel lugar, pero de improviso viró de costado y andando con pasos vacilantes se metió en el edificio del Banco. Recorrió los pasillos con un terrible aire de sonámbulo, pero cuando llegó a la ventanilla de la Caja, se hallaba ya absolutamente sereno.

Se desabotonó el gabán de pieles parsimoniosamente, extrajo la cartera y cogiendo con dos dedos un billete de mil francos lo entregó al empleado:

—¿Me hace el favor de decirme si este billete de banco es legítimo? Tengo el temor de que pueda ser falso.

El cajero examinó el billete de una ojeada:

—Es absolutamente bueno.

—Examinélo bien. Me ha parecido advertir en él algunas diferencias con respecto a los demás—repuso el caballero de la barbita en punta sonriendo. Quizá así a primera vista sea un poco aventurado decir que es bueno...

El cajero le miró incomodado, cogió su lente y estuvo escudriñando en el complicado dibujo del billete. Lo miró a trasluz y a contraluz, lo palpó arrugándolo entre sus dedos y lo devolvió al caballero, diciéndole con una impertinente suficiencia:

—Ya le he dicho a usted que es absolutamente legítimo ¿Quiere que se lo cambie?

—Oh, no, muchas gracias—dijo el viejo guardándose el billete otra vez. Saludó ceremoniosamente al cajero y se marchó sonriéndose de un modo indefinible.

Por lo visto aquel extraño tipo, no estaba satisfecho todavía. Seguía pasando todas las mañanas ante el edificio del Banco Nacional; vacilaba siempre un momento y al final volvía a marchar un poco apesadumbrado.

Semanas después, otro día en el que tampoco pudo dominarse y volvió a entrar. Esta vez solicitó una entrevista con el gobernador del Banco Nacional. Se la concedieron inmediatamente y cuando estuvo frente a él, le dijo:

—He advertido ciertas diferencias entre billetes de una misma emisión. La de mil francos de 1912, y creo mi deber venir a

comunicárselo por si se tratase de una falsificación.

—Muchas gracias por su interés, pero creo que se trata de un vano temor por su parte. No se conoce falsificación ninguna de los billetes de esa emisión. Pero veamos, sin embargo...

Examinó cuidadosamente el billete que le enseñó el caballero y dijo:

—Es absolutamente legítimo. Sin embargo, para que no le quede la menor sombra de duda, llamaré a los técnicos del establecimiento que someterán el billete a un escrupuloso examen.

Vinieron los técnicos con sus lentes, sus caldos y sus manguitos. Se colocaron con gran prosopopeya ante una gran mesa iluminada por un amplio ventanal y allí estuvieron largo tiempo persiguiendo las microscópicas diferencias que entre unos billetes y otros les señalaba el caballero de la barba aguzada. Los técnicos, incrédulos al principio, comenzaron a dudar. Estuvieron más de dos horas consultándose, escudriñando, sometiendo el billete dudoso a una durísima inquisición. Al fin, mediada ya la tarde dieron su dictámen.

—Efectivamente—dijeron—este caballero tiene razón. El billete que presenta es falso. He aquí una falsificación perfectísima que acaba de descubrirse. De no haber sido por una coincidencia en la numeración de los billetes, nunca se hubiese descubierto sin esta denuncia. Tan maravillosa es la obra de los falsificadores.

El gobernador del Banco muy preocupado, dió las gracias al caballero por su patriótica denuncia y quiso poner en práctica inmediatamente el expeditivo procedimiento del Banco para castigar a los falsificadores y que consiste en taladrar el billete al inocente que lo lleva a sus ventanillas. El caballero que había descubierto la falsificación le detuvo diciéndole:

—Quisiera saber antes si la falsificación es cuantiosa. Le agradeceré examinen también estos otros billetes que traigo en la cartera. Asimismo, me atrevería a rogarle se sometieran a examen algunos de los billetes que tengan ustedes en Caja.

Se accedió a ello. Los técnicos estuvieron trabajando hasta despentarse, y al cabo de otras dos horas, manifestaron que de veinte billetes que llevaba el caballero en la cartera, cinco eran falsos. Se trajo después un fajo de billetes de la Caja. De cien, estaban falsificados veinticinco. El gobernador y los técnicos se quedaron perplejos. Se repitió la experiencia con otro fajo, y el resultado fué aún más alarmante; setenta legítimos y treinta falsificados.

El gobernador del Banco espantado, no insistió ya en su deseo de taladrar los billetes ilegítimos del denunciante.

Se cursaron avisos telefónicos y media hora después estaban en el despacho del gobernador diez o doce consejeros del Banco Nacional, el ministro de Hacienda y hasta el jefe del Gobierno. La agitación que les dominaba era indescriptible. Se decían unos a otros que aquello debía ser una falsa alarma, discutían, acosaban a los técnicos, se increpaban, y poco a poco fueron olvidándose de que estaba allí aquel sujeto extraño que un poco rezagado les escuchaba en silencio. El revuelo era formidable. Se traían billetes de todas las secciones del Banco y siempre aparecían los falsificados en una proporción aproximada del veinticinco por ciento. Entonces se hicieron confrontaciones con la numeración, y efectivamente, aparecieron billetes duplicados. ¿Cómo no se había advertido antes? Era maravilloso que no se hubiese descubierto hasta entonces una tan copiosa falsificación.

El espanto de los ministros y los consejeros no tenía límites. Discutían ya violentamente, recalcaban los unos de los otros, hablábase de responsabilidades altísimas y surgían frases espeluznantes. Los culpables serían descubiertos y castigados, fuesen quienes fuesen. Se les encarcelaría. Bueno; encarcelar, pero ¿a quién?

El hombrecito aquel de la barba, se había retirado discretamente a un ángulo penumbroso del amplio despacho, y desde allí contemplaba el ajeteo nervioso de los ministros y los consejeros, con la cabeza un poco ladeada y acariciando lentamente la punta de su barbita entrecana. Si le hubiesen mirado detenidamente habrían descubierto en sus ojos color de acero, una extraña expresión de gozo.

Alguien advirtió al fin, que aquel hombre extraño estaba allí todavía. El jefe del Gobierno preguntó quién era, se le dijo que el denunciador de la falsificación, y al reconocer en él al prócer de cimentado crédito, con quien tantas veces topó al frente de asociaciones benéficas y fundaciones filantrópicas, le felicitó por su alta moral y su patriotismo, al mismo tiempo que le rogaba guardase el más absoluto silencio hasta que se tomaran las oportunas medidas de gobierno para conjurar el conflicto que aquella falsificación planteaba. Y con esto le despidió muy finamente.

El caballero muy satisfecho por haber hecho un bien a la patria, cerró tras sí la puerta del despacho y dejó a todos aquellos graves hombres de gobierno, discutiendo sobre lo que se podía hacer para salvar de la ruina el Banco Nacional y por tanto el crédito entero del país ante el mundo.

Cuando llegó a su residencia era ya noche cerrada. Cenó por primera vez desde hacía mucho tiempo, con un apetito formidable, roció la comida con vinos generosos, estuvo locuaz, abusó un poquito de los licores, fumó un excelente habano y luego, de sobremesa, estuvo más ocurrente que nunca, más paradójal y divertido que jamás lo estaba. Es la satisfacción del deber cumplido, la conciencia tranquila, lo que me hace estar alegre, decía frotándose las manos. Yo soy un hombre de bien, un patriota, ¿eh?—y se refa para dentro.

—El abuelo está contento—se decían las hijas y los yernos. Y fomentaban su alegría suponiendo que aquel contentamiento representaba un considerable aumento en el patrimonio familiar que al final se repartirían. A más tocáremos, pensaban, mientras escanciaban coñac al buen viejo humorista.

Ya tarde, el abuelo se durmió pesadamente y respirando a sus anchas con una respiración lenta, igual y fuerte.

Sus hijas le vieron dormido y se dijeron: —El pobre, al cabo de sus años, es feliz. Bien ganado se lo tiene.

Se despertó tarde. Irguió rápidamente el busto por encima de los enormes almohadones de aquella gigantesca cama del siglo XVIII, en donde yacía, y llamó al ayuda de cámara. En el vasto rectángulo blanco de las sábanas, la barbita en punta y el rostro moreno, se destacaban como un garbanzo negro. Pidió que le trajesen la Prensa de la mañana y esperó ansioso. Cuando le entregaron el fajo de periódicos, les pasó la vista vertiginosamente. Luego, nervioso aún, volvió a mirarlos uno a uno. Nada. Los periódicos no se habían enterado de la falsificación de billetes que él había descubierto.

Tiró las grandes hojas decepcionado. Esperaba que hubiesen publicado largas informaciones sobre la falsificación, los facsimiles de los billetes legítimos e ilegítimos, las declaraciones de los ministros, su mímico retrato como hábil descubridor de la falsificación, los artículos de los técnicos de la finanza, los comentarios de la Bolsa, tantas y tantas informaciones que el público devoraría ansioso. Pero los periódicos no traían ni la más leve alusión al asunto.

Esperó dos o tres días más. Seguía en el misterio la gran falsificación y el buen viejo empezó a ponerse taciturno otra vez. Perdió de nuevo el apetito, volvió a estar

insomne y febril, y cada día que pasaba decía cosas más incoherentes. Procuró enterarse de por qué no se hablaba de la falsificación y nadie supo decirle nada. Su denuncia se estaba tramitando con un maravilloso secreto. Tuvo indicios de que se habían dado órdenes concretas a la policía y advirtió que ésta trabajaba de firme. Pero nada más. Nadie sabía lo que había ocurrido, ni se advertía anomalía en la vida económica de la nación.

Inquieto al principio y desesperado al fin por aquella incertidumbre en que estaba fué otra vez al gobernador del Banco Nacional.

Este le recibió fríamente como si no se tratase del hombre importantísimo que está en el secreto de algo que puede ser la ruina del Estado.

—Se ha descubierto—dijo el visitante—o, mejor dicho, he descubierto yo una imponente falsificación de billetes del Banco Nacional, y ustedes pretenden ocultarlo. Yo que la he denunciado, tengo derecho a que se dé curso a mi denuncia poniendo en claro si ha habido falsificación o no, y en caso afirmativo, castigando como se merecen a los culpables. Soy un hombre de bien, un patriota y tengo derecho a ello.

—La falsificación, sí la hay—dijo prudentemente el gobernador del Banco—está tan maravillosamente hecha que es casi imposible, aun para los peritos distinguir, los billetes legítimos de los falsos.

El denunciante se acarició la barba suavemente.

—Además; la falsificación es tan importante, que nos encontraríamos en la necesidad de anular la cuarta parte de los billetes en circulación, y esto no puede hacerse. Se plantearía un terrible problema de orden público. Los billetes falsos han sido lanzados al mercado hace más de diez años, con tan rara habilidad y tanta fortuna que en todo este tiempo no se ha descubierto nada. Parece increíble, pero así ha sido. El Banco mismo ha puesto en circulación esos billetes ilegítimos.

Ante esto, hemos de resignarnos, señor mío; es muy doloroso, pero no hay más remedio. El deber del Banco, de momento, es callar si quiere mantener el crédito nacional en el extranjero y garantizar el orden en el interior.

Bien sabe Dios cuánto deseo que nuestra policía de al fin con los falsificadores y ojalá nuestras leyes nos permitieran ahorcarlos en garrote vil, como antaño se hacía con todos los monederos falsos. Pero a nuestro pesar, nada podemos hacer. No hay manera de coger el hilo de esta formidable falsificación, llevada a cabo seguramente por gente mucho más poderosa de lo que creemos. Aquí, en secreto. No hay que pensar en un vulgar falsificador. Seguramente se han utilizado las mismas planchas legítimas del Banco, acaso haya consejeros complicados, tal vez algún ministro... ¡Quién sabe!

—Yo creo más fácil—dijo el denunciante—que se trata de una simple falsificación llevada a cabo por un hombre hábil que ha sabido reproducir las planchas y procurarse los medios de estampación. Ese vasto complot que usted supone, es bastante inverosímil. Un particular con alguna inteligencia y colaboradores de seguro inconscientes ha podido llevar a cabo este crimen con más seguridades de impunidad que esos personajes a los que usted parece aludir.

El gobernador del Banco sonrió:

—Desengáñese; usted es demasiado honorable y demasiado crédulo. Una falsificación así, no ha podido hacerla un particular. Le hablo a usted de ello, porque en fin de cuentas es usted quien nos lo ha denunciado; pero son tales mis recelos, que a nadie, ni a los más altos funcionarios del Banco, ni a los Consejeros, ni a los mismos ministros, me atrevería a revelarles mi pensamiento por temor a estar vendiéndome ante un traidor. ¡Cualquiera sabe de entre los que nos rodean, quienes son los que están comprometidos! Ha sido un negocio tan fa-

buloso, que se han podido comprar con sus ganancias los hombres más caros de la nación.

Tranquícese y vaya olvidando este asunto. Se han dado órdenes a la policía para que vigile a ciertos personajes de gran significación social y para que se hagan investigaciones en determinadas fortunas personales. Yo mismo estoy vigilado. Pero no creo que se saque nada en limpio.

En cuanto a revelar lo ocurrido al público, no hay ni que pensarlo siquiera. Sería una insensatez. Hay que mantener el secreto a todo trance. El Gobierno está dispuesto a mantenerlo y cuenta con el patriotismo de usted para que esta dolorosa verdad no sea conocida. Por ello, ya que hace un bien a la patria, será recompensado. No lo olvide, lo patriótico es callar.

Es más; si su celo impertinente llegara a descubrir la falsificación, no vacilaríamos en desmentirle y en declarar oficialmente la legitimidad de los billetes falsificados.

El caballero de la barba puntiaguda tuvo que resignarse. A los pocos días se encontró en la Prensa, donde buscaba ahincadamente la noticia de la falsificación, con la nueva de que el Gobierno le había otorgado la condecoración de más precio en el país. Y desde este momento aquel hombre estuvo ya completamente loco.

Tomás Lin, redactor jefe del «El Diario» está sentado ante la mesa de la Redacción y se tortura queriendo sacarse la actualidad de la cabeza. El botones de un continental entrega al ordenanza de la Redacción un sobre que se hace devolver firmado por Tomás Lin. En este sobre, Tomás Lin encuentra una Memoria mecanografiada en la que se descubre con todo lujo de detalles la existencia de una falsificación de billetes del Banco Nacional. La Memoria está perfectamente razonada, y como comprobación, trae adosados dos billetes de la emisión denunciada, uno falso y otro legítimo. Nadie avala lo que allí se dice, pero los hechos expuestos son terminantes.

Tomás Lin, llama al más sagaz de sus reporteros y le entera de la denuncia anónima que acaba de recibir. Ambos se regocijan y se frotan las manos de gusto. El reportero sale disparado para entrevistar al gobernador del Banco y al ministro de Hacienda, mientras en el taller se hacen los clichés ampliados del billete bueno y del billete falso y Tomás Lin prepara la sensacional información.

El gobernador del Banco y el ministro de Hacienda, cuando hablan con el reportero, que no suelta prenda, advierten que acaso sepa más de lo que es conveniente saber y por si acaso le tratan bien y procuran captárselo.

—¿Qué tal es el periódico?—le pregunta el ministro. Siempre tan en auge, tan serio y bien informado ¿eh? Periódicos así y periodistas como los de esa empresa, se necesitan. Lástima grande es que hombres como los que avaloran esa Redacción, no puedan compartir sus tareas con el servicio directo al Estado. Precisamente, quería haberselo indicado a usted, en este momento se dispone en el ministerio de una plaza magnífica de interventor; poco trabajo y quince mil francos de sueldo. Debía usted hacer un esfuerzo para venir a trabajar con nosotros. Cuando se trabaja en un periódico tan sensato, tan bien informado, cabe esperarlo todo...

El reportero no saca nada en limpio. Es decir, saca la impresión de que quieren comprarle a bajo precio. Se reserva su sensacional información, seguro de que pretenderían cortársela y volver al periódico. Escribió apresuradamente viñendo las precisas indicaciones de aquella anónima Memoria y dos horas después Tomás Lin lanza su periódico a la calle con el sensacional reportaje. El revuelo es imponente. Las agencias cablegráficas la noticia a las cinco partes del mundo, los demás periódicos copian íntegra la información de «El Diario»

y Tomás Lin, muy satisfecho, ve como sus rotativas expulsan centenares de miles de ejemplares que el público arrebató de las manos de los vendedores.

No se habla de otra cosa en todas partes. La gente empieza a no querer admitir el papel moneda y a media noche empieza a formarse una larga cola a la puerta del Banco Nacional; es gente que va a cambiar sus billetes por plata.

Ya de madrugada, el Gobierno da una Nota oficiosa diciendo, que la información es absolutamente falsa. El gobernador del Banco en otra Nota oficiosa, condena aquella canallada de la Prensa.

Para la próxima edición, Tomás Lin, después de conferenciar con el reportero, que allega nuevos informes redacta un vibrante artículo demostrando que se quiere ocultar la falsificación. Pero aquel artículo ya no se publica. Los amigos del Gobierno, han maniobrado cerca del Consejo de Administración de «El Diario», y la Gerencia dispone que se acepta sin réplica la rectificación del Gobierno. No hay tal falsificación. «El Diario» dice que uno de sus reporteros, ha sido sorprendido en su buena fe. En las ventanillas del Banco Nacional se cubren por billetes falsos los billetes falsos que el público asustado presenta.

En la tarde del mismo día, el reportero vuelve a su casa mohino, con el sombrero echado a la cara y las manos en los bolsillos. Sin decir palabra, entrega a su mujer un puñadito de plata. Es el sueldo de cesantía que le corresponde. El reportero, blasfema un poco y su mujer llora un ratito.

En compensación, al día siguiente el reportero y su mujer recibían la visita de un caballero con un gabán de pieles y la barba puntiaguda que les interroga y les consuela. Una hora después de esta visita, el reportero recibe un abultado sobre. Dentro hay cincuenta billetes de mil francos. Pero de los que no admiten lugar a dudas. El reportero y su mujer se van a un restaurant elegante, ceran bien, beben champagne y hacen consideraciones sobre lo absurdo del mundo.

Pronto se olvidó la falsa alarma. «El Diario» se había tirado una plancha. Tomás Lin se justificó como pudo, echó la culpa sobre el reportero ejecutado y dió a la policía el anónimo para que descubriese al autor. La policía le buscó tenazmente, y con insólita fortuna, dió al fin con el caballero honorable que tenía un palacio en el barrio más aristocrático. Nadie creyó que hubiese sido aquel prócer el anónimo denunciante; ni siquiera lo creyó la misma policía; ni siquiera Tomás Lin. Pero cuando se lo comunicaron al gobernador del Banco Nacional éste sí lo creyó. Citó en su despacho al prócer y le amonestó severamente.

—No me explico, qué malsano deseo le ha llevado a cometer este acto punible que seguramente en un momento de obcecación ha realizado. No hay falsificación, señor mío. La tranquilidad de un país y su crédito, deben estar por encima de sus lucubraciones. No hay falsificación, y si la hubiera, el Banco es muy dueño de denunciarla o no. Ha cometido usted una ligereza, cuyas consecuencias ha podido tocar usted mismo antes que nadie. Su cuantiosa fortuna, colocada en gran parte en valores del Estado sufriría como todas las fortunas personales la bancarrota del Banco Nacional, sea prudente, déjese de equívocos poco inteligentes. Los pueblos hay que gobernarlos con arreglo a una casuística que a usted no se le alcanza. Para el castigo de los falsificadores, lo principal, hoy por hoy, es dejarles vivir en paz.

El caballero se mordió los labios, agachó la cabeza un poco avergonzado y salió.

Pero aquel enojoso asunto, no estaba definitivamente rematado. Los poderes públicos se empeñaron en echarle tierra en-

cima, siempre seguía latente, siendo el tema de interpelecciones parlamentarias, de nuevas informaciones de Prensa, de campañas de opinión y anomalías bursátiles. Parecía que atizaba todo aquello un espíritu obstinado en mantener la alarma y difundir entre el pueblo la convicción de que a pesar de las negativas ministeriales, la tremenda falsificación existía.

El Gobierno exasperado, dió órdenes terminantes a la policía para que descubriese a los agentes provocadores de aquella constante alarma. Por un momento temió que la falsificación hubiese tenido una finalidad revolucionaria. Se dijo incluso que todo esto no era más que un vasto complot comunista sostenido con dinero que enviaban de Mosú.

Desvaneciéndose todas estas fantasías, los detectives no tardaron en dar con el culpable de todas aquellas maquinaciones, al que achuchaba a los parlamentarios e informaba a los periodistas. No era otro que el prócer de siempre. Esta vez se le condujo por el mismo jefe de policía al despacho del gobernador del Banco, donde acudieron también los ministros y el Presidente del Consejo.

Compareció aquel hombre equívoco ante los ministros, y los consejeros con un aire más equívoco que nunca, mitad reo, mitad acusador. El gobernador del Banco Nacional se le encaró con feroz acometividad:

—Es usted un idiota, señor mío. ¿Qué persigue usted con esta campaña contra los falsificadores? Su estúpido afán de justicia nos está llevando a la ruina. ¿A usted qué le importa que el Gobierno castigue o no a unos falsificadores?

—Me importa más que a nadie.

—¿Por espíritu de justicia? Es usted memo.

—No es por espíritu de justicia, señor gobernador.

—¿Por qué entonces?

—Porque el falsificador soy yo. ¿No lo ha sospechado usted nunca, imbécil?

Ante el absurdo, la gente reacciona difícilmente. El honorable falsificador, hubiese tenido tiempo de saludar cortésmente y salir de allí con todo sosiego antes de que aquellos grandes hombres reaccionasen. No lo hizo así. Esperó todavía unos segundos, pero viendo que seguían pasmados, mudos de asombro, les interpeleó sarcásticamente:

—¿Qué, no se me detiene? Ea, señores, hay que decidirse. Yo soy el autor de esa formidable falsificación. Yo solo, sin más auxilio que el de unos cuantos hombres inocentes que no sabían siquiera en qué me ayudaban. Fabricué y puse en circulación billetes del Banco Nacional por valor de muchos millones de francos. Mis billetes han circulado sin dificultad durante diez años, y yo he comprado con ese dinero falso, que a la medida de mi capricho inventaba, todo cuanto puede apetecerse. Era pobre, estaba desacreditado, y nadie me miraba a la cara. Inventé mi dinero, que tuvo tanto valor como el del rey. Pagué mis deudas con moneda que llevaba acuñada mi efígie sin que nadie fuese capaz de descubrirla, fui poderoso, gocé de la máxima consideración ciudadana, enriquecí a mis hijos, fundé hospitales y centros de cultura, adquirí aristocracia y amparé mi vejez en un ambiente muelle y confortable. ¿Qué más?

Me faltaba una cosa, la más importante para mí, la que más ansiaba. Ustedes querían sustraermela. No; no estaba dispuesto a consentirlo. Lo que me faltaba era la gloria, la celebridad a que tenía derecho. ¿Con qué derecho queríais ocultarlo a la posteridad? ¿Crefais que iba a dejar en el anonimato esta gloria de haber llegado a ser tanto como un rey gracias a mi talento? ¿No os imagináis mi amargura cuando la gente se maravillaba del ingenio, la rara habilidad

y la astucia de los falsificadores y yo, saltando de gozo, tenía que callar prudentemente y refrenar aquel orgullo que me impulsaba a decirles: «¡Yo soy; yo soy!».

La gloria de mi obra, no me la arrebató nadie; la reclamó con tanto derecho como reclaman la suya vuestros poetas y vuestros hombres de ciencia.

A mi gloria lo sacrifico todo, mi riqueza, mis títulos nobiliarios, mi fama de prócer, mi bienestar. La quiero aunque me cueste pasar en una mazmora el resto de mis días. ¡Pronto! ¡A encarcelarme! ¡Yo soy el falsificador! ¡El hombre que ha hecho la falsificación más formidable que se conoce!

Suavemente el jefe de policía sin pronunciar una palabra se fué por detrás de él y sujetándole las manos a la espalda, le esposó. Los prohombres respiraron al fin y el falsificador dundió la puntiagada barbilla en el pecho con la resignación de un mártir. Sintió entonces el dolor de haber perdido con una palabra, todo su poder. Hasta este momento—pensó—he sido soberano; de aquí en adelante, menos que un mendigo.

Salió esposado y con una escolta de dos agentes de policía que le sujetaban por los brazos. Atravesó los pasillos del Banco hundido como si el mundo se hubiese desplomado sobre su cabeza. Pero al llegar al amplio portal, vió que se agolpaban para verle los empleados del Banco Nacional y los transeúntes que se detenían al advertir la presencia del coche celular, preguntándose los unos a los otros: ¿Quién será?

Al poner el pie en la calle, la muchedumbre se apretaba en dos filas para verle pasar. Una nube de fotógrafos evolucionaba en torno suyo arañando con el chasquido constante de los obturadores.

El hombrecillo de la barba puntiaguda se irguió orgulloso y sonrió feliz. El sol vivo del mediodía que caía a plomo sobre la acera le bañó en su luz nimbando su figura como la de los mártires.

